

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Santander: en la Administración, calle de la Compañía, núm. 3.—Fuera de la capital: en casa de los comisionados ó directamente á la Administración.—En Ultramar: D. Benito Gonzalez Tánago, Obra Pía, 11, Habana.

LA ABEJA MONTAÑESA.

PERIODICO DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Santander: 8 reales por mes.—Fuera de la capital: 9 reales idem.—En Ultramar, por seis meses 4 pesos y 2 reales.

Anuncios y comunicados.

A precios convencionales.

SANTANDER 18 DE AGOSTO DE 1864.

Cárceles.

III.

No correspondiendo ahora á nuestro intento abordar la cuestion que el sistema celular engendra, seguimos las manifestaciones que hace el programa de 6 de febrero de 1860 en el párrafo que con el epígrafe de escarcelacion da entrada á la explicacion del sistema. Este no es otro que la admision de cuadras ó salas comunes, siempre que con esta disposicion se consigan las separaciones que la ley y el buen sentido reclaman. Ya hemos visto en otro artículo que aun admitiendo el sistema de este programa, no puede el edificio que está hoy destinado á cárcel en esta ciudad responder á la juiciosa idea de absoluta incomunicacion de sexos. Bajo este concepto é invocando las mas altas consideraciones de pudor y de dignidad, hemos empezado por pedir una reforma en el piso aboatillado que hoy sirve para la prision de mujeres. Y ya que en el terreno de las reformas entramos, es preciso hacer notar una falta que en el edificio se advierte por el menos versado en examinar este género de establecimientos. Una de las condiciones que ha de tener toda cárcel, si ha de llenar su objeto, es la buena disposicion de suelos y techos para que las incomunicaciones no sean una pura ilusion. En la cárcel de Santander no hay una sola celda donde pueda tenerse á un preso verdaderamente incomunicado. Los cielos rasos y los malos suelos hacen que se oiga con toda claridad la voz que se dé en una celda del segundo cuerpo desde otra del tercero. Se necesita, pues, reformar los unos y los otros. Y hasta tal punto es necesaria esta reforma, que existe en el segundo corredor, que es interno, un hueco hácia la parte que coje el tejado, que sería suficiente para la evasion de un preso.

Ya no es una idea de moralidad la que exige esta reforma; pero no por esta razon

es menos atendible. Si estos edificios han de cumplir su objeto, es preciso que tengan todas las condiciones necesarias. De lo contrario, ó se burla la vigilancia por mas que esta se redoble, ó se frustra la intencion de la ley. Y al mismo tiempo que pedimos buenos suelos y buenos techos, no podemos menos de consignar el mal efecto que en una cárcel hace una puerta de hierro construida lo mismo que si estuviera hecha para una decoracion de teatro. En primer lugar, la puerta que guarda la entrada á la habitacion de las mujeres, tan lejos está de ser puerta de prision, que el primer golpe basta para derribarla. Hay de esta fortaleza algunas otras que parecen ó una burla en aquel sitio ó las despertadoras de una mala tentacion.

Además, cuando hemos dicho que hay en la cárcel una puerta de hierro, deben tomarse nuestras palabras literalmente, porque de hierro es una de las puertas por donde se sube al segundo corredor. Y no debe ponerse de argumento contra nuestras observaciones el hecho de que no se fugan los presos. Esto, ó puede explicar el carácter pacífico de los que hasta aquí han tenido la desgracia de morar en ese sitio, ó la excesiva vigilancia que se ejerce dentro de sus muros. Pero ni lo uno ni lo otro debe bastar para que á su influjo descanse la prudencia humana. Nosotros denunciarnos el hecho, recomendamos la reforma y creemos que si nuestras observaciones no son atendidas, al menos no serán criticadas.

De todos modos no debe olvidarse que desde el principio hicimos notar que, admitiendo solo por la necesidad el edificio que hoy para cárcel sirve, pedíamos aquellas reformas que mas urgentes nos parecían en vista de la ley y de las circunstancias. Por lo demás, explícitos hemos sido al consignar que para proceder con justicia era necesario empezar pidiendo un nuevo edificio. Así es que no acabariamos nunca si ajustáramos nuestros deseos á las indicaciones que el citado programa de 6

de febrero de 1860 hace, relativas á la construccion de este género de establecimientos. Pero por lo mismo que el pedir mucho llevaria consigo el no conceder nada, limitamos nuestras pretensiones, agiténdolas solo en el círculo de la urgencia. Por ella pedimos la absoluta incomunicacion de sexos que hoy no se cumple en nuestra cárcel con peligro de la moralidad. Si el medio que para evitar el mal propusimos tiene algunos inconvenientes y en cambio se ofrece otro que, siendo mas económico, responde á la misma idea, enhorabuena que se acepte el último, porque ni el egoismo es el norte de nuestros deseos, ni el apego á nuestros propios pensamientos nos ciega hasta el punto de impedirnos ver fuera de ellos la verdad y la conveniencia. Lo que nosotros queremos es que se cumpla la intencion de la ley que con discreto juicio exige que los sexos estén en absoluta incomunicacion. Si para llegar á este cumplimiento hay mas de un camino, que se acepte aquel que mas economías reporte, pero que se cumpla la ley, porque en ello está interesada la sociedad y altas consideraciones morales lo reclaman.

Esa misma urgencia nos hace hoy pedir suelos y techos que pongan las celdas en aptitud para las incomunicaciones, y buenas puertas de prision, haciendo desaparecer decoraciones teatrales en un sitio donde todas las precauciones son pocas. Nosotros sabemos que algunas obras que se han hecho en la cárcel, estando de acaide D. Mateo Guillen, han costado muy poco dinero; y esta circunstancia nos anima á esforzar nuestras pretensiones, porque estamos bien seguros de que este señor, con la actividad de que está dando muestras, ha de contribuir y no poco á la mayor economía posible en los gastos que ocasionen las reformas que pedimos. Una buena garantía de nuestro juicio es lo poco que ha costado un cuarto que se ha hecho últimamente en el piso segundo y comu-

nica con la galería cerrada, y otro calabozo grande que hay en la planta baja, al Poniente, separado del patio y de las cuadras. Ambos se han hecho bajo la direccion de D. Mateo Guillen; y por cierto que es lástima que en el último se hayan estrellado sus buenos deseos y su excelente proyecto contra la humedad que mana de las paredes haciendo casi inservible el cuarto, al menos si ha de apreciarse en lo que vale la salud del hombre, por mas que sea un preso.

Basta por hoy de reformas; que tiempo tenemos en el curso de estos artículos de ir pidiendo las que en nuestro concepto reclamamos imperiosamente la cárcel de esta ciudad.

Con mucho placer damos cabida á la siguiente comunicacion que nos dirige el señor Petitpierre Pellion, cuyos asiduos trabajos y concienzudos estudios acerca de la importante cuestion de la traida de aguas á esta capital han merecido llamar la atencion de cuantos comprenden la apremiante urgencia de satisfacer esta pública necesidad en nuestra creciente poblacion. Nosotros, que hace tiempo venimos ocupándonos de un asunto tan importante, al insertar hoy la comunicacion del Sr. Petitpierre, no podemos dejar de recomendarla á la atencion del público. Dice así:

Sr. Director de LA ABEJA MONTAÑESA.

Muy Sr. mio y apreciable amigo: Adjunto remito á V. el resultado de las comprobaciones á que me he dedicado estos días, aprovechando el período de sequía por que estamos atravesando y que quizás no volverá á presentarse en mucho tiempo.

El 0° representa poco mas ó menos la pureza química del agua, es decir, del agua destilada, la cual no es potable. Las mejores condiciones para este uso indican de 3 á 5 grados hidrotimétricos. Hay que tener en cuenta la estacion en que se hace el análisis.

— 143 —

nezo aquí sin vuestro permiso es porque tengo que preguntaros una cosa; pero quizás os enfadé mi indiscrecion.

—Nada de eso, Julio. ¿Puedo ayudarte ó servirte en algo? Yo tendré un placer en probarte que me acuerdo con reconocimiento del valor con que me sostuvistes contra los asesinos.

—No se trata de eso, señor. He oido decir que vais á casaros con la bella señorita de Van de Werve. Esta noticia me ha regocijado mucho; pero vuestro humilde servidor podrá saber si es cierto?

Esta pregunta y quizás el nombre de su prometida hicieron aparecer una sonrisa en el rostro del jóven, que adelantando dos ó tres pasos, dijo con voz alegre:

—Sí, Julio, esa noticia es cierta.

—¿Qué dichoso seréis, señor!

—Es verdad, Julio. Dios me ha concedido el mas alto favor que yo puedo esperar sobre la tierra. Yo le daré gracias por él eternamente... En el dia solemne, tú tambien tendrás motivo para alegrarte.

—¿Yo, señor?

—Sí, tú, Julio. La señorita de Van de Werve ha resuelto ella misma recompensarte por el socorro que me diste contra Bruffero y sus compañeros. El dia de mi casamiento recibirás una capa nueva, un jubon nuevo, unos calzones nuevos, todo de buen paño y de buena seda, como jamás lo ha llevado criado alguno.

— 148 —

ante mi vista, no te hablaré jamás de él...

—¡María, María Van Werve! rugió Simon Turchi.

—¡Ah! ¡yo renunciaré á su mano! ¡partiré para Italia!... ¡No volveré jamás á ver un país tan fatal para mí, para ti, para todo cuanto amo!...

—¡Es muy tarde!... ¡muy tarde!... ¡debes morir!

—¡No, no, Simon! exclamó de nuevo Gerónimo. ¡Por piedad, por tí mismo no bañes tus manos en mi sangre inocente! ¡Dios nos ve; la conciencia te atormentará; no habrá para tí reposo sobre la tierra!... ¡No entregues tu alma á un infierno para toda una eternidad!... ¡No, no, Simon!... ¡no me mates!... ¡Ah!...

Lanzó un grito horrible, como si le oprimiesen el pecho á punto de aplastárselo, y Julio oyó un ruido semejante al choque del acero sobre el metal.

Sin embargo, este golpe, si lo era, no podía ser mortal, porque Gerónimo levantó la voz con mas fuerza, y exclamó con el acento de la desesperacion:

—¡Socorro! ¡socorro!... ¡Ah! ¡Simon, ¡no me mates!... ¡Perdon!... ¡Perdon!...

¡Pero entonces un grito lúgubre se escapó de su pecho, y mientras que su voz se extinguía en su garganta, dijo:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Perdonadle!... ¡Yo muero!...

— 149 —

Al oír el desenlace de la terrible tragedia, el criado habia retrocedido en el vestibulo hasta el pie de la escalera. Apenas se encontraba allí, vio abrirse la puerta del aposento y aparecer su amo.

Por muchas que fueran las contracciones con que la sed de venganza habia desfigurado el rostro de Simon Turchi, el crimen lo habian hecho mas horrible todavia. Turchi estaba desconocido... Los cabellos se erizaban sobre su cabeza, sus ojos estraviados brillaban en sus órbitas, un rumor seco y ronco se escapaba de sus labios, de sus manos goteaba la sangre...

Pasó corriendo por delante de su criado sin hablarle, subió la escalera y llegando á su cuarto, se dejó caer jadeante sobre una silla.

Julio, que le habia seguido, fué á colocarse delante de él, y preguntó:

—¿Y bien, señor, ¿está hecho?

—¡Está hecho! ¡déjame tomar aliento! dijo Turchi respirando con fuerza.

Después de algunos minutos, Julio continuó:

—¿Ha hecho resistencia para haberos fatigado tanto, señor?

—Resistencia? No; pero cuando la primera vez quise atravesarle el corazon con mi puñal, la hoja tropezó con metal y rechinó horriblemente. Traia un peto, Julio. ¿Sospecharia lo que le esperaba aquí?

El puñal de Turchi habia sin duda tropezado

